

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*El alma del paisaje**

Malos tiempos corren para pensar con calma, para meditar, para captar el sentido que tiene el rápido trasiego por el que discurren nuestras vidas; malos tiempos por tanto para reflexionar sobre el sentido vital, moral e intelectual de nuestro transcurrir por el mundo; se hace difícil llegar a esa mirada contemplativa en derredor nuestro tal como hizo Miguel de Unamuno, a caballo entre los siglos XIX y XX y que le llevó a percibir, desde lo más alto de la sierra de Gredos y de la peña de Francia, que esas cumbres rocosas eran trasunto de las cumbres de su espíritu.

Eduardo Martínez de Pisón ha dedicado toda su vida profesional a la geografía hasta su reciente jubilación, y aún la sigue ejercitando; bueno, tal vez nos quedemos cortos en decir que sólo su vida profesional, pues en rigor se ha paseado por casi todos los continentes y océanos mediante expediciones, exploraciones o viajes de estudios a montañas, valles, desiertos, costas, llanuras y altas mesetas. En su memoria se han acumulado cientos, miles de imágenes de todos esos lugares a los que ha peregrinado con tanta pasión y entusiasmo, de esos santuarios, auténticos monumentos en los que según sus propias palabras se capta el valor más hondo de lo geográfico.

De las imágenes a las palabras, a lo escrito y lo dicho. Eduardo Martínez de Pisón tiene una increíble capacidad de hacer juegos de manos con unas y otras; pasan de su cabeza al papel y a la transmisión oral con una gran agilidad, como si fuera la cosa más fácil del mundo. Pero claro, esa agilidad es el resumen de toda una vida de afa-

nosa y vocacional dedicación tanto a la escritura (en la que siempre ha demostrado muy buenas dotes, además de una esmerada preparación intelectual) como a la docencia. Y de las palabras de nuevo a la imagen, eso sí, dibujada, con esa pasmosa capacidad que tiene para hacer croquis, esquemas, mapas y dibujos de todo tipo, incluso viñetas con su asomo de ironía, comicidad y, por qué no, ternura. El paisaje es para él un alimento sutil que penetra a través de los poros de su piel, llega a sus venas y así lo lleva en la sangre; incluso aunque no lo viera nadie más que él en este mundo, sería capaz de encaramarse a una columna como Simeón el Estilita para hablarnos de sus prodigios, estimularnos a subir con él a la columna y desde ella mirar lo que él ve, y llegado el caso lamentar que allí arriba no haya sitio para todos los que quisieran subir y contemplarlo.

¿Y qué es, qué significa para él el paisaje? Para saberlo no hay más que abrir y asomarse a las páginas del presente libro, en las que se destila, con su característico buen hacer, buena parte de sus vivencias profesionales y personales en torno a esta palabra y sus múltiples resonancias. Está compuesto por una introducción y tres grandes capítulos de variada extensión, en los que alternan, por una parte, diversos textos publicados con anterioridad, aunque readaptados o reescritos para dar cuerpo al propio libro, de «miradas dispersas, amistosas, aventadas en fechas recientes», y, por otra, textos inéditos «recuperados para la ocasión de carpetas que yacen en inaccesibles estantes». Todos ellos tienen un tema común, el paisaje visto por y para los geógrafos, aunque, según dice el propio autor, «no todos son muy geográficos».

Efectivamente, ya en la introducción se nos especifica el hilo conductor que hilvana los tres capítulos restantes: algunas consideraciones generales sobre el quehacer geográfico nutrido de miradas concretas sobre el paisaje,

* Eduardo Martínez de Pisón: *Miradas sobre el paisaje*. Biblioteca Nueva (Colección Paisaje y Teoría, 5), Madrid, 2009, 285 pp.

y algunas miradas sobre ciertos paisajes singulares en las que se razonan y explicitan aquellas consideraciones. Ésta es, pues, la urdimbre, la del quehacer geográfico que aborda el paisaje tanto desde la tradición científica como desde la tradición cultural, y la de la mirada, pausada, reflexiva, semilla de la civilización, que nos hace ver que en el rostro de cualquier paisaje están inscritas las huellas de su pasado, sus «elementos heredados» desde mucho antes de la presencia del hombre en la Tierra.

El primer capítulo, denominado «Estaciones», es una auténtica declaración de intenciones. Es un texto inédito en el que la vivencia del paisaje se hace explícita. Mediante una exposición panorámica muy personal, lírica y emotiva a la vez, pero no exenta de moral, se nos hace sentir el hondo vibrar de los sentidos, armónico y cadencioso, al paso de las estaciones. Según sus propias palabras,

[...] en el otoño, la alternancia de su rutina [...], borrascosa y apacible [...], cumple apartada con sus imperiosas obligaciones cósmicas en constancia y en silencio [...], el invierno no comparte el mundo con nada [...], es un reino sin oponentes [...], la primavera se pone en movimiento a la llamada de la luz, como quien conoce y cumple correctamente sus obligaciones [...] en un solo verano hay mil veranos entre otros, el terroso de los campos segados de horizonte plano y el de la orilla del río, cerrado sobre sí mismo, sombrío, verde y peligroso.

Las últimas palabras vibran a modo de mantra: «Un paisaje es algo real [...] que se siente directamente [...]. Después de vivido se evoca nuevamente mediante los sentidos [...]. Luego es el lugar, el sitio de lo vivido [...]. Sólo más tarde una referencia estética o meditativa [...]. Sólo mucho después es una elaboración intelectual [...] [y] sólo muy adelante es ciencia».

El segundo capítulo, «Paisaje, patrimonio cultural», es tal vez el más elaborado intelectualmente por su autor, pues sobre esta materia ha escrito largo y tendido a lo largo de su trayectoria profesional con una clarividencia muy poco frecuente en el panorama intelectual español. Se subdivide en un conjunto de cinco bloques dotados de una notable homogeneidad en sus contenidos.

El primero de esos bloques, «Entre el territorio y la cultura», tiene una intencionalidad muy clara, pues sitúa la ciencia del paisaje justo en su punto medio; sus propias palabras nos lo aclaran: «[...] el paisaje se formaliza necesariamente sobre un sistema territorial [...], pero no es el territorio [...]. El paisaje es la morfología de los hechos geográficos [...] (localización, especificidad, pluralidad [...], su organización espacial interior, su temporalidad y flujo de cambio)». En resumen, el paisaje es «el constituir de un individuo geográfico completo».

Pero para entender cabalmente el paisaje hay que añadir a esta mirada «científica» otras miradas más subjetivas, «vivenciales, literarias, pictóricas», que definitivamente «lo encuadran, dan dimensión y perspectiva y otorgan valores y cualidades». El paisaje es, pues, la suma de todas estas miradas, y si se limita a unas pocas de entre ellas o incluso a una sola, se llegaría al «empobrecimiento de su contenido y a que tales imágenes sean incomprensibles entre sí». Los paisajes son bienes culturales, «bienhechores por sus recursos educativos, no sólo en la instrucción sino en la vivencia y en su disfrute», por lo que debe existir un compromiso, «un serio objetivo para cuidarlos [...], pero con madurez cultural social [...], pues no es deseable su conversión en museo», ni tampoco en reservas biológicas, atendiendo solamente a los huéspedes que habitan en ellos.

El segundo bloque, «Más significados del paisaje», es tal vez el más contundente dentro de todo el conjunto; en él se retoman los puntos de vista ya expuestos anteriormente y se ahonda en todos y cada uno de sus aspectos en una exposición que va abriendo y desvelando todos los entresijos que, a la manera de árboles que ocultan el bosque, impiden captar el paisaje como un cuerpo único, como un todo: «[...] el paisaje no es un poliedro sino una esfera continua; los poliedros son nuestros trabajos intelectuales sobre el paisaje porque aún no sabemos construir esferas».

El tercer bloque, «Preservación del paisaje cultural», incide más específicamente en los paisajes como legado cultural y en la necesidad de su conservación, ya que «el paisaje es un producto del tiempo, revela lo que somos, nuestro propio sentido, por lo que constituye [...] un patrimonio vivo y frágil, un testigo delicado envuelto en el trasiego del territorio». No es fácil este empeño, «los paisajes han ido pasando, con todos sus valores patrimoniales, a un estado residual que frecuentemente parece o es sustituido». Por tanto, «necesitan otros tratamientos que el que les otorgan hoy los espacios protegidos, los análisis de impacto ambiental y la consideración del valor histórico-artístico de la arquitectura». Necesitan, en suma, «otro concepto, otro método y otra ley», siempre y cuando haya voluntad para ello, porque, como ya se sabe, «si la voluntad política es grande, los obstáculos para proteger los paisajes se vuelven pequeños; pero cuando la voluntad política es pequeña, los obstáculos parecen tomar apariencias gigantescas».

El cuarto bloque, «El paisaje del arte y el arte del paisaje», nos acerca, en una primera parte, a ver lo que se puede rastrear en el arte sobre el paisaje, tanto «en pintura, literatura, arquitectura, “paisajismo”, construc-

ción de formas e incluso en música y sonido», para ver en ellas «la contribución cualificada y sutil de caracteres, sensaciones y bellezas». En una segunda parte se analiza cómo se puede explicar paisaje con arte; ya nos lo advierte, no es nada fácil: «Hay que subir al altozano y saber —y querer— explicar el panorama. No siempre se sube, a veces no se sabe y en ocasiones no se quiere. Entonces no hay paisaje».

El quinto y último bloque, «Maestros de la mirada», es una muestra de bonhomía, de eso que se decía en tiempos no tan lejanos «ser bien nacido», es mostrar el respeto y la consideración que se merecen aquellos maestros que nos han enseñado, con bondad pero con rectitud, el buen saber y el buen hacer. Manuel de Terán fue el maestro geógrafo de Eduardo Martínez de Pisón. A esos maestros (a su maestro) se refiere cuando nos dice «ser maestro [...] es dar no sólo enseñanza sino transmitir algo del mundo interior al mundo de todos. Y esa aportación es necesariamente nueva, pues es personal [...]. Es un aumento de haber». También tiene palabras para los maestros de los maestros, y para los maestros de los maestros de los maestros, y así sucesivamente, hasta remontarse a Vidal de la Blache o incluso a Humboldt; también para los que podríamos denominar «maestros tutores», aquellos que nos encaminan hacia «el rigor, la verdad y la complacencia en la realidad», como Julián Marías, para quien viajar no es lo mismo que ver: «No se ve más que entendiendo; para ver no basta con luces y colores y formas; hace falta, además, sentido. Ver, lo que se llama ver, sólo se ve lo inteligible».

Y precisamente el viajar, los viajes y los viajeros se abordan en el tercer capítulo, denominado «Paisajes de piedra, agua, hombres y espíritus». Subdividido en once bloques de desigual extensión, por ellos desfilan paisajes cercanos y lejanos (casi siempre de montaña), expedicionarios, aventureros, deportistas y... sí, también, el más allá, hasta donde aún el hombre no ha llegado, aunque no le falten intenciones; todo ello dentro de un orden que nos va dejando entrever poco a poco hasta alcanzar las páginas finales, en las que nos invita a recomenzar una nueva lectura del libro, a otras formas de viajar, a visitar paisajes apenas entrevistos.

En el primer bloque de este tercer capítulo, «Los retos de las expediciones», se nos recomienda salir fuera a investigar, no por las inmediaciones a la búsqueda de falsas «expediciones urbanas», sino a zonas remotas, cuanto más lejos mejor; de esas expediciones exploratorias se vuelve con las alforjas llenas de conocimientos científicos, pero sobre todo con una «gran admiración hacia lo otro».

El segundo bloque está dedicado a la apertura de la montaña a los deportes; en sus inicios, a lo largo del siglo XIX, una y otros formaban un cuerpo armónico, en el que la lejanía imponía sus propias normas, casi siempre respetuosas con el paisaje. El acortamiento de las distancias ha acercado la ciudad a la montaña y en muchos casos se ha introducido dentro de ella; como consecuencia de ello, aparecen nuevas modalidades deportivas que amenazan estos paisajes, e incluso el alpinismo, quintaesencia del deporte propio de la montaña, «pierde sus códigos éticos y pasa a ser espectáculo».

El tercer bloque, «El pacto de los confines», nos alerta sobre la amenaza de la codicia que se cierne sobre aquellos finisterres que han llegado hasta hoy vírgenes: «Antes de que la primera excavadora levante la piel de una tierra de la que no se desconoce su valor y que probablemente pueda merecer otro trato, deberá dirimirse su destino en un pacto de los confines. El espíritu civilizado [...] habrá de ser más rápido que las prisas del negocio».

El cuarto bloque, «Piedras», nos aproxima a los paisajes de la alta montaña, «piedra habitada» en la que el hombre «ha levantado sus casas, los lindes, los caminos y los puentes, escalonando sus campos con las mismas piedras de la montaña». Allí «rocas del mundo y muros del paso humano se hablan con hermandad». Pero hoy esta armonía «se desgarran [...], los hombres olvidan o desplazan a pura arqueología los valores de lo que ha sido su misma personalidad hecha paisaje».

El quinto bloque, «Espacio moral», nos introduce en la alta montaña, paso a paso; por ella «hay que viajar lentamente», dando «la oportunidad a los sitios para que sean significativos y a nosotros tiempo para entender sus lenguajes», de forma que al regreso «uno pueda volver siendo un hombre distinto», con nuevo sentido de la vida, de la moral. A la alta montaña se accede escalonadamente, como quien penetra en un santuario; los puntos más elevados (o las áreas polares), «refugios últimos del hielo [...], son recintos vedados, paisajes ocultos hasta muy tarde [...], un mundo solitario, silencioso, de una naturaleza retirada y hasta hace poco intocada».

En el sexto bloque, «Viajeros a las montañas», se nos muestran los procesos mentales que llevan a un tardío encuentro amistoso del hombre con la montaña, más comúnmente conocido como el «sentimiento de la montaña». A consecuencia de la revolución industrial, el hombre de finales del siglo XVIII y del siglo XIX, apoyado en las ideas románticas que entonces se ponen en boga, se aleja de sus angostas y sucias ciudades en Europa y Norteamérica y busca nuevos horizontes, más abiertos, claros y limpios, es decir, de una nueva forma de enten-

der la sociedad, de una nueva moral, en las lejanas montañas que hasta entonces, salvo contadas excepciones, se han rehuído. Rousseau fue en Europa el primer peregrino que llegó a los valles de los Alpes buscando un nuevo modelo social; los siguientes peregrinos ya no se conformaron con los valles, buscaban ya «los terrenos inhabitados [...], con sus bosques y sus ríos [...], más tarde —y más arriba— a los hielos y a las rocas [...], y por último a sus cumbres»; pasa a ser «lo distinto, lo explorable, lo indómito, lo fuerte», las «arquitecturas góticas» de la naturaleza, en donde se puede sentir como en ningún otro lugar «grandeza, armonía, retiro, silencio, quietud».

El séptimo bloque, «Lugares, montañas», es el más extenso. En él su autor nos lleva de la mano por algunas de las montañas (no todas, pero algunas de las más queridas y vivenciadas) que ha visitado, indistintamente, como geógrafo, explorador y viajero curioso.

Comienza por el continente asiático. Primero nos muestra la lejana cordillera del Karakorum, al norte de Pakistán, «inagotable sucesión de arquitecturas, de geometrías rocosas recién fabricadas, de valles escondidos [...], en los que nacen y se desparraman hielos [...], [lugares] evocadores de todos los paisajes del frío dispersos del mundo y de las viejas edades en las que otros hielos cubrían amplias extensiones del planeta».

Los cincuenta años transcurridos desde la primera expedición que ascendió a la cumbre del Everest en 1953 le dan pie para comparar el talante que dominaba en dicha expedición, «una exploración audaz, un asedio metódico y una valiente escalada final», con la creciente presión turística que en 2003 «ha cambiado sus modos habituales de acceso, ha crecido la intensidad de su frecuentación, se han implantado nuevas construcciones junto a la montaña y hasta son otros los estilos de su visita y su ascensión».

A continuación nos lleva por algunas de las montañas de la península ibérica, de las que hace unas consideraciones personales no exentas de agudeza. El Pirineo vive una transformación radical, «la montaña era suma y alternancia de valle y puerto. Una mirada interesada vio un día desde fuera de los valles y el rendimiento del agua llevó el gran cambio en los paisajes de los valles. Hoy están mudando los puertos por una nueva mirada utilitaria que ve la nieve con ojos más prácticos que estéticos». Los Picos de Europa han tenido en la persona de Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, su principal valedor al transformar estos parajes en parque nacional; para él «supuso la superación de la tradicional adscripción española a la montaña como escenario de caza para ingresar en la moderna y europea línea marcada por el alpinismo».

En fechas mucho más recientes, la sierra de Guadarrama también ha sido propuesta como futura candidata al selecto grupo de los parques nacionales españoles. Hasta hoy no ha sido posible por complejos problemas burocráticos que emanan de cambios en las normativas generales. Pero el autor no tiene ninguna duda al respecto: «Siempre he pensado y comprobado que la naturaleza del Guadarrama posee sobradamente el rango [...] para ser un parque nacional completo, amplio, disperso [...]. Claro está, insisto, si es completo [...]. Siempre he dicho que si el Guadarrama íntegro, tal como es, no encaja en esta ley [de Parques Nacionales], no sería la sierra lo que quedaría demostrado que está mal, sino la ley. Por lo tanto, sería ésta la que habría que corregir».

Es muy probable que si en la sierra de Gredos se hubiera mantenido la residencia real en el monasterio de Yuste a lo largo de la dinastía de los Austrias y la capitalidad de España se hubiera establecido en su vertiente meridional y a la vera o en las cercanías del río Tajo (Tallavera de la Reina, Navalmoral de la Mata, por ejemplo), las sierras de Guadarrama y Gredos habrían intercambiado sus papeles. Al no haber sido así, la sierra de Gredos, con una menor dependencia con respecto a la capital, aunque no exenta del todo de su área de influencia, es «una montaña retirada [...], dotada tanto de una especial celebridad derivada de su original paisaje rocoso como del atractivo de su acotada función cinegética». En los años sesenta del pasado siglo se libraron en ella las primeras batallas por el conservacionismo en España. «La consideración de patrimonio amenazado, incluso herido, se ha mantenido» desde entonces; por ello «la pérdida de imagen en el futuro imaginario de esta sierra [...] es un riesgo que no se ha disipado».

El volcán del Teide, situado en medio del océano Atlántico, bien visible desde las rutas de navegación que enlazan Europa con América del Sur, «fue considerado durante siglos como “otro mundo” suspendido en altitud sobre los mares». Todos los viajeros cultos que hacen escala en la isla de Tenerife y que ascienden al Teide, desde el movimiento romántico en adelante, tienen en el Etna el modelo del viaje a un volcán, modelo que «se trasladó al Teide, el otro Etna en la lejanía, como un valor añadido a su paisaje desde un fondo cultural exportado del Mediterráneo al Atlántico».

En el octavo bloque, «Agua de río», el autor nos remite al agua como vehículo cultural, como sistema de organización territorial y como paisaje geográfico: «[...] en el mundo de la cultura hay múltiples referencias al agua [...], allí donde mana aparece la sacralización de la fuente, del bosque o del árbol que decanta agua [...].

Hay, por ello, literatura y pintura del agua, que viene de las raíces mitológicas de los pueblos, desde los primeros asentamientos, siempre dependientes de manantiales, o al lado del curso de agua, o del lago o de la costa». Pero «los lugares surcados por ríos son también los ejes que ordenan el mundo: canales acogedores que han definido las áreas vitales, los asentamientos, la supervivencia, la circulación». El agua es, por tanto, «cultura y supervivencia, sueño y pragmatismo —vida y muerte—»; pero también paisaje, pues «los ríos van entre sotos, se acompañan de arboledas, de huertas, de jardines».

El noveno bloque, «Paisajes de hombres», aborda dos aspectos del paisaje peninsular directamente relacionados entre sí. Por una parte, la larga huella de la intervención del hombre sobre el solar hispano en el transcurrir de la historia muestra «luces y sombras, cultura y hambre de tierra, [terreno] productivo e improductivo»; en la actualidad, para muchos geógrafos, «los testimonios materiales de ese pasado no serían sino restos de un descuidado museo, disperso por el territorio, deteriorado, retazos de paisajes desconectados de las mallas funcionales en vigor, recuperables en sus viejos sentidos ya sólo en la memoria».

Pero esos paisajes aún tenían una funcionalidad en el siglo XIX, estaban vivos. Por eso «la generación del 98 enseñó a mirar y a ver [...], a apreciar culturalmente lo que, sin duda, ya estaba ahí». Hoy no se aprecian de la misma manera los paisajes, tal vez (como se ha dicho anteriormente) por su dispersión y deterioro, acaso porque interesan más «los trajines —no los paisajes— urbanos», o pudiera ser que hoy no se cultiva «un determinado sistema de valores» que educa, refina y, en definitiva, hace viable la sensibilidad paisajística.

El décimo bloque, «La tesis del espacio difícil», es muy breve; en él se contraponen dos «escenarios vitales» a los cuales se ha enfrentado en el pasado y se enfrenta el hombre en la actualidad, con mayor intensidad y virulencia si cabe. Por un lado, el espacio fácil, aquel que hace sencillas o banales «las consecuciones de los objetivos, bien porque emperieza o ensoberbece, o bien porque contiene objetivos demasiado limitados, por lo que no incita al esfuerzo o reduce las metas aspirables». Por otra parte está el espacio difícil, el del reto excesivo, a veces al límite de lo posible, pero que en «muchas ocasiones actúa como estimulante [...], abre nuevos derroteros libres por paisajes distintos y permite el acceso a metas nuevas e imprevisibles [...], al espacio fuera de los caminos trillados, repetidos y copiados, al espacio del hombre libre, independiente y creador. Incluso al espacio exclusivo del genio: es decir, el que crea de donde no hay».

El último bloque, «Martian chronicles» (título extraído de la novela homónima de Ray Bradbury), es un canto a esos espacios difíciles, a esos caminos no trillados de los que el autor se ha hecho eco en el bloque anterior; ni más ni menos que el entusiasmo por «el proyecto de poder ir al planeta enigmático», Marte, en la nave *Spirit*; incluso el autor llega a decir: «[...] también quisiéramos ir así a todos estos lugares y a unos cuantos más», simplemente por «el irresistible placer del conocimiento de las cosas y de la más honda razón de la belleza y de la fuerza de los paisajes». Uno de los mayores atractivos de este viaje es que «abre una ventana al mundo. Y si fuera a su lado más oculto, al gran vacío del otro lado del espacio que tapan cortinas de estrellas y galaxias, aún más». Pero eso no es todo; a través de las imágenes enviadas por el *Spirit*, el paisaje de Marte es identificable aquí en la Tierra (en las Cañadas del Teide, en el desierto líbico): «Marte me sirve para conocer la Tierra tanto como la Tierra me vale para Marte».

Bien, creo que ya se ha dicho bastante sobre este libro, genuino y excelente por todos los conceptos, y mediante las palabras seleccionadas a lo largo de este prolijo comentario se ha podido apreciar sobradamente el talento y el pensamiento de su autor, también de su espíritu, pues estando como está en situación de «emeritaje», no tiene ninguna duda sobre su proyecto de futuro, un largo y difícil camino a las estrellas. Sólo queda darle la enhorabuena por la elección y que cuando regrese nos describa esos paisajes que ha visitado.— FRANCISCO ALONSO OTERO (Universidad Autónoma de Madrid).

*Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles**

En los últimos años se viene produciendo una eclosión de literatura científica que tiene como objeto de estudio los temas relacionados con el paisaje hasta el extremo que resulta difícil llevar a cabo su total seguimiento. El libro *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales* no es uno más. Se trata de un libro imprescindible de conocer que ha sido producido por el Centro de Estudio Paisaje y Territorio de la Junta de Andalucía; una obra colectiva coordinada por José Gómez Zotano y

* Centro de Estudio Paisaje y Territorio *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales*, 2010, 467 pp.